

Carta pastoral 2021 - 2022
Servir a la vida donde la vida ocurre
LA FAMILIA

Queridas familias,

me dirijo a ustedes como lo hice en mi primera carta "Casa en la Iglesia": me parece oportuno, en este Año de la Familia que el Papa Francisco nos invita a celebrar con motivo del quinto aniversario de su Exhortación titulada "Amoris laetitia", la "alegría del amor".

Estas son las palabras que abren su escrito y merecen ser recordadas: "La alegría del amor que se vive en las familias es también la alegría de la Iglesia. ... A pesar de los numerosos signos de crisis matrimonial, el deseo de una familia permanece vivo, especialmente entre los jóvenes, y esto motiva a la Iglesia. Como respuesta a esta aspiración, el anuncio cristiano sobre la familia es verdaderamente una buena noticia".

El anuncio del Evangelio alimenta la alegría del amor y la vida familiar y esto es lo que siempre nos proponemos, particularmente este año: es la misión de toda la Iglesia, comenzando por las familias mismas, junto con los sacerdotes, diáconos, consagrados. Y a todo el Pueblo de Dios.

En los días más dolorosos de la pandemia, reconocemos y compartimos un criterio que no queremos que se convierta en un eslogan: "servir a la vida donde la vida ocurre". Me parece importante poder resaltar esto también para este año, consciente de que en la familia la vida ocurre de una manera única y original, misteriosa y maravillosa, humilde y grandiosa.

La comunidad cristiana, en gran parte formada por familias, siente la misión de servir a la familia y a la vida que allí ocurre, reconociendo y alimentando la vida misma de Jesús, Crucificado y Resucitado, que se manifiesta y se encarna en la comunidad familiar.

Icono bíblico

He meditado, en que Palabra podría alimentar este propósito y he sentido que el himno a la caridad, compuesto por el apóstol Pablo, a menudo proclamado en la celebración del matrimonio y elegido por el Papa Francisco como texto fundamental de *Amoris laetitia*, podría representar la inspiración más fecunda. para iluminar y nutrir nuestro servicio.

De la Primera Carta a los Corintios (1Cor 13,1-13)

Aunque yo hablara todas las lenguas de los hombres y de los ángeles, si no tengo amor, soy como una campana que resuena o un platillo que retiñe.

Aunque tuviera el don de la profecía y conociera todos los misterios y toda la ciencia, aunque tuviera toda la fe, una fe capaz de trasladar montañas, si no tengo amor, no soy nada.

Aunque repartiera todos mis bienes para alimentar a los pobres y entregara mi cuerpo a las llamas, si no tengo amor, no me sirve para nada.

El amor es paciente, es servicial; el amor no es envidioso, no se alardea, no se envanece, no procede con bajeza, no busca su propio interés, no se irrita, no tienen en cuenta el mal recibido, no se alegra de la injusticia, sino que se regocija con la verdad.

El amor todo lo disculpa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta.

El amor no pasará jamás. Las profecías acabarán, el don de lenguas terminará, la ciencia desaparecerá; porque nuestra ciencia es imperfecta y nuestras profecías, limitadas. Cuando llegue lo que es perfecto, cesará lo que es imperfecto.

Cuando yo era niño, hablaba como un niño, me sentía como un niño, razonaba como un niño, pero cuando me hice hombre, dejé a un lado las cosas de niño. Ahora nos vemos en un espejo, confusamente; después nos veremos cara a cara. Ahora conozco todo imperfectamente; después conoceré como Dios me conoce a mí.

En una palabra, ahora existen tres cosas: la fe, la esperanza y el amor, pero la más grande de todas es el amor.

Hay comentarios incalculables sobre estas palabras que atraviesan los siglos y los corazones. Me permito compartir con ustedes algunas resonancias, que recogí escuchando la conferencia del P. Patrizio Rota Scalabrini los sacerdotes reunidos en Asamblea.

El himno a la caridad representa la culminación de una importante reflexión pastoral que el apóstol Pablo da a los cristianos de la comunidad de Corinto, en la antigua Grecia, sobre los dones del Espíritu Santo. Después de haberlos resaltado y de haber indicado algunos criterios para reconocerlos, a cogerlos y darles por el bien de toda la comunidad, el apóstol desborda los bancos de las reflexiones, para alzar delante de los corazones de los cristianos las palabras delicadas y poderosas del himno a la caridad.

A menudo, preferimos sustituir la palabra caridad por la palabra amor, en nombre de la deformación que ha sufrido la caridad, identificándola al final con la limosna. Pero es precisamente este término el que revela la originalidad de la revelación de Dios que expande el corazón y la maravilla del amor. De hecho, la caridad consiste en el amor de Dios mismo, que se hace don en la persona de Jesús y nos es comunicado por obra del Espíritu Santo.

El amor, que es ciertamente pasión, amistad, intimidad y compartir la vida, pero también elección y virtud cotidiana, se convierte en un don cada vez mayor y eterno, en la medida en que acoge el amor de Dios, la caridad.

Es un don que responde a dos deseos profundos. En primer lugar, el deseo de estabilidad, eternidad, permanencia. Queremos construir algo que permanezca en el tiempo, que no se consuma, que supere la precariedad, la incertidumbre, la inconsistencia ... La caridad permanece para siempre. Todo pasa: lo que queda está inspirado en la caridad. La caridad nunca terminará.

La caridad también corresponde al deseo de poder: la caridad lo puede todo. Todo lo disculpa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo aguanta. Es un poder que no aplasta, sino que libera: la caridad libera el amor.

No nos resulta difícil vislumbrar en estas palabras, no solo la esperanza de cada familia, sino también el camino a seguir para que la esperanza se materialice en la vida familiar. Podremos servir a la vida de la familia y en la familia, si deseamos y acogemos el don de Dios que es la caridad, que es Cristo mismo: la caridad de Dios.

Algunos criterios pastorales

Ahora quisiera proponerles los criterios que indiqué en la Carta del año pasado, tratando de aplicarlos a la vida familiar.

1. LA VIVENCIA PARA NO DESPERDICIA: UN ENORME PATRIMONIO

Si nos hemos propuesto no desperdiciar las experiencias dolorosas y solidarias vividas durante la pandemia, más no querríamos desperdiciar la riqueza de las experiencias familiares: mientras lloramos los que hemos perdido, reconocemos el patrimonio acumulado en lo que hemos donado y recibido en esos meses.

La característica de este patrimonio no consiste en los hechos extraordinarios, brillantes o dolorosos, que marcan la vida de casi todas las familias. Más bien, se trata de reconocer la riqueza de la vida cotidiana, con los gestos, palabras, sentimientos y creencias que la caracterizan y que muchas veces se repiten todos los días, sin que nos demos cuenta.

Quisiera que nuestras parroquias, lejos de ser ajenas a esta dimensión cotidiana de la vida, fueran cada vez más capaces de reconocer esta herencia familiar y, sobre todo, de reconocer en ella la presencia y la acción de Dios, del Señor crucificado y resucitado, de su Espíritu.

Esta mirada iluminada y comprensiva alimenta el asombro, la gratitud, la esperanza, muchas veces mezcladas con el sufrimiento, la pasión, la oración, la conciencia de la necesidad de darse una mano los unos con los otros, no solo en momentos excepcionales, sino en nuestra realidad cotidiana.

2. NADA PODEMOS DAR NADA POR CONTADO

La pandemia ha revelado no solo nuestra fragilidad, sino que continúa alimentando la incertidumbre y la precariedad generalizadas. Si estos sentimientos corren el riesgo de alimentar formas de depresión personal y social, de vitalismo descontrolado y en ocasiones violento, de resentimiento e ira, como cristianos queremos interpretar la fragilidad como una oportunidad propicia para renovar la conciencia del sentido de las cosas.

Incluso en la familia no podemos dar nada por contado: precisamente por eso no queremos resignarnos a la fatalidad ni molestarnos en la búsqueda de una seguridad obsesiva. Más bien, se trata de avivar el fuego del significado y el valor de la vida familiar, de las relaciones, los cansancios y las alegrías.

La vida cotidiana corre el riesgo de volverse agotadora si este fuego, que es esencialmente el amor, no se guarda y se cuida continuamente. Es igualmente cierto que la vida cotidiana de la familia también está expuesta a cambios bruscos: estos también corren el riesgo de volverse agotadores si no se reaviva el "fuego".

Tengo la impresión de que haber hecho de la familia un asunto privado, la ha debilitado mucho.

Una elección que puede hacer la familia es superar las tentaciones del cierre y el retraimiento y buscar una pertenencia más amplia, cultivando relaciones con otras familias y con los diferentes mundos habitados: se trata de pasar del apartamento a la pertenencia comunitaria.

La comunidad cristiana recoge el don de la vida familiar, que hace visible y real el misterio del amor de Dios, de la comunión con Él y con los demás: al mismo tiempo ofrece los dones de la Palabra, de la Eucaristía y de los Sacramentos a la vida de la familia, de una vida comunitaria bajo la enseña de la gratuidad y la caridad, que son absolutamente capaces de alimentar ese fuego tan necesario para hacer "hogar".

3. SERVIR LA VIDA DONDE LA VIDA OCURRE

Servir a la vida en familia es hacer del servicio uno de los criterios por los que el amor se manifiesta entre las personas que la forman.

No se trata solo de dar su propia contribución a la vida de todos, de organizar respuestas a las necesidades simples o exigentes de la familia, de contribuir con el trabajo, de ayudarse unos a otros: se trata de hacer todo esto para un bien, una satisfacción, una alegría, una esperanza, que no es sólo nuestra, sino que crece en nosotros a medida que crece para los demás.

Servir a la vida en familia significa disfrutar juntos de las alegrías de todos y compartir los esfuerzos y sufrimientos de cada uno.

Servir a la vida en familia es cultivar la gratitud por el servicio que cada uno ofrece, sobre todo cuando asume los rasgos más cotidianos y aparentemente modestos.

A la luz de este criterio, quisiera invitarlos a considerar una condición cada vez más difusa: la vejez. Es una edad preciosa y al mismo tiempo delicada. La pandemia ha revelado inexorable y dolorosamente su fragilidad, inherente a la vida misma.

La condición de las personas mayores se ha impuesto en una sociedad caracterizada por un envejecimiento creciente. No me detengo en las medidas sociales necesarias a adoptar, en la pluralidad de sujetos que en el territorio pueden representar una respuesta a situaciones que se presentan de muy distintas formas, pero me gustaría compartir la gran importancia que tiene en una familia el cuidado de las personas mayores y al mismo tiempo la riqueza representada por su presencia.

Los ancianos no sólo son destinatarios de atención y cuidados, no solo son una fuente de apoyo económico y ayuda para dar respuesta a las necesidades de los niños, sino que son una presencia que nutre la cultura y la práctica del dar.

La comunidad cristiana representa una visión, una historia, un compromiso que consiste tanto en el testimonio de los ancianos como en la preocupación por ellos. Espero que esta historia continúe, marcada de manera especial por el cuidado de las relaciones y en particular la relación entre distintas generaciones.

El Papa Francisco insiste en la fructífera relación entre jóvenes y mayores, recordando cómo el cuidado de las raíces alimenta sueños y esperanzas. En particular, alimentamos esta sensibilidad en las comunidades más grandes, para que nadie se quede solo.

La riqueza de las formas en que se sirve la vida "en" la familia, se multiplica cuando adoptamos el criterio de servir la vida "de" la familia. Podemos ver algunos indicios en esta dirección desde la sociedad y las instituciones que la representan.

Quisiera expresar mi agradecimiento por todas las expresiones organizadas que promueven el valor social de la familia y en particular las que reconocen y proponen respuestas a dos auténticas emergencias: las relativas al nacimiento y la educación.

Junto a las medidas sociales, se trata de apoyar las condiciones culturales, éticas y espirituales, para que el traer nuevas criaturas al mundo y educarlas hacia la madurez adulta pueda ser reconocido como un bien personal, familiar y social.

La reducción de los nacimientos y la emergencia educativa no son solo el resultado de la falta de medios, sino de un sentimiento de cansancio, debilitamiento, retraimiento: es en los sentimientos donde es necesario converger, para que puedan sustentar los valores que hacen la vida digna y hermosa y justificar los esfuerzos necesarios para hacerla realidad.

El patrimonio espiritual de la comunidad cristiana enriquece el patrimonio social de los valores indispensables para alimentar la esperanza de la vida. Los gestos originales de la comunidad cristiana (la acogida de la Palabra de Dios, la Eucaristía y los sacramentos, la fraternidad entre los que la integran, la acogida de los que la forman, la cercanía a todos), no solo alimentan la fe, sino que alimentan su fuerza generadora para la vida de cada uno, de todos, y ciertamente de las familias.

En este contexto, podemos imaginar la comunidad cristiana como un espacio vital para las diferentes comunidades familiares.

4. EL CUIDADO DEL ESTILO

El propósito de servir a la vida requiere un estilo coherente. Se trata de privilegiar el cuidado de las relaciones familiares y las relaciones entre familias. Estas relaciones tienen características originales, capaces de alimentar una sociedad más amplia.

La característica de la familia es la de ser una comunidad de vida y amor. Cuidar las relaciones familiares significa nutrir y dar testimonio del valor irreductible de cada persona, simplemente por el hecho de ser persona.

Si este criterio encuentra en la familia el "lugar" fundamental, al mismo tiempo alimenta una cultura social que obviamente se enriquece con ella, precisamente para hacer una sociedad más humana.

El cuidado de las relaciones se concreta en el reconocimiento de los "vínculos" no como límites que mortifican a la persona, sino como condiciones que potencian su libertad y confianza.

El cansancio y el deterioro de las relaciones, hasta formas de abuso y violencia inaceptables, no deben privar de sentido y de valor a la relación exigente, el vínculo que representa el verdadero antídoto contra la soledad desbordante y radical.

Precisamente estas convicciones sustentan la elección de perseguir, sin dejarnos desmotivar por los fracasos, el método de diálogo, tan necesario para la vida social, pero aún más y sobre todo para la vida familiar.

Que la comunidad cristiana sea humilde, y también verdadera escuela de diálogo, donde la lección de la vida familiar y la vida de fe, que es esencialmente diálogo, se encuentran de manera virtuosa.

5. LA NECESARIA CONVERSIÓN

En la Carta del año pasado, indiqué en la conversión necesaria uno de los criterios que surgieron de la experiencia de la pandemia. La conversión que propongo a la familia y a la comunidad cristiana es la del reconocimiento.

Si no lo recordamos constantemente y sobre todo no lo practicamos, corremos el riesgo de concebir y juzgar la vida de la parroquia sólo a partir de las respuestas que registramos a las propuestas e iniciativas que la comunidad propone.

Al mismo tiempo, si la familia misma no adopta este criterio, corre el riesgo de concebirse sólo como fruto de sentimientos, responsabilidades y compromisos personales, como si la fe fuera una dimensión que se agrega a la vida familiar, una especie de adorno antiguo que embellece la casa.

La comunidad cristiana debe por primera vez reconocer e indicar la presencia del Resucitado y la acción del Espíritu en la vida de una familia y bendecir al Señor por este don.

La mirada de la comunidad iluminará la de la familia misma, para que pueda ver en la infinidad de gestos conyugales y familiares, la presencia del Crucifijo Resucitado y de su Espíritu.

Creo que a partir de esta mirada la familia podrá reconocer el don de la comunidad cristiana, superando las tentaciones de considerarla como una institución como cualquier otra y de asumir actitudes instrumentales en la relación con la parroquia.

Precisamente por eso, la transformación al criterio del reconocimiento, va acompañada de la cambio al criterio del encuentro. Hemos vivido y vivimos bajo la bandera del necesario distanciamiento: si esta es una de las medidas encaminadas a contener la infección, no puede adoptarse como fundamento de la vida social, eclesial y familiar que se nutre justamente del encuentro.

La familia y la Iglesia se enriquecen mutuamente con la experiencia del encuentro personal y comunitario y, al mismo tiempo, con la riqueza que de él brota para el bien de la propia familia, de la Iglesia y de la sociedad.

En particular, nos gustaría impulsar esa dinámica que parte de la experiencia concreta de nuestras familias, como son (méritos, límites, potencialidades, fragilidad), para identificar allí la acción encarnada del Espíritu y acompañar esta acción a través de un camino de discernimiento, elevación y purificación a la luz de la Palabra de Dios, de la enseñanza de la Iglesia y del testimonio de las propias familias.

Esto debe conducir a la creación o promoción de un «proceso» que fomente la conciencia de la «subjetividad» de las familias en la vida de la comunidad cristiana, para difundir ese estilo de amor, que proviene de Dios a través del sacramento del matrimonio y extendido en todas las relaciones humanas y eclesiales "(Zanetti don Eugenio).

Hay una tercera modalidad de la necesaria conversión: la de la valoración y promoción de la subjetividad de la familia a nivel social y eclesial.

El individualismo generalizado y radical margina a la familia de los procesos sociales, económicos y culturales, para luego recurrir a ellos en tiempos de emergencia, como ha pasado también en esta pandemia.

Son las propias familias las que deben representarse a sí mismas como el fundamento de la vida social y pueden hacerlo en la medida en que se unan entre sí. Cuántas asociaciones familiares han surgido para dar respuesta a necesidades específicas: es necesario que suceda no solo por este motivo, sino por el más amplio, representado por la vida de una sociedad que no se puede concebir como una suma de individuos, porque inevitablemente se va a convertir en una suma de números.

La comunidad cristiana debe favorecer estas formas y reconocer la subjetividad de la familia como riqueza para la vida cristiana misma. La familia vive de su propia ritualidad compuesta por gestos recurrentes, fiestas, símbolos, signos y hábitos, discursos y juicios, recuerdos y tradiciones, así como elecciones de vida y comportamientos concretos que los expresan.

La comunidad cristiana puede ser propositiva, capaz de sugerir gestos, signos y palabras a menudo olvidados, que por un lado alimentan la vida familiar con significados inspirados en el Evangelio y, que al mismo tiempo, crean un profundo compartir entre la vida comunitaria y la vida familiar.

6. ORACIÓN Y CARIDAD

Finalmente, no puedo olvidar la relación entre oración y caridad en la familia y en la comunidad. En tiempos de la pandemia, la oración en muchas familias ha florecido no desde el miedo, sino desde una conciencia más profunda del don del amor mutuo y la fe que lo nutre.

La oración es el pan del amor en la familia y el amor sereno y doloroso es el acompañamiento necesario para que la oración no se vuelva insignificante e inútil para la vida de quienes forman una familia.

Precisamente la declinación de la oración y la caridad, alimenta una vida familiar no replegada en sí misma y, por tanto, expuesta a una debilidad mortal, sino que dibuja una fisonomía familiar que, en la relación con otras familias, expresa la capacidad de generar esperanza para la comunidad cristiana, por la sociedad, por los que se quedan solos y abandonados.

La comunidad cristiana vive de los gestos de amor realizados en las familias y por las familias; se enriquece con la oración familiar y al mismo tiempo comparte con las familias la necesidad de oración y la belleza de una vida marcada por la caridad.

Propuestas pastorales

Encomiendo algunas propuestas a la Diócesis en su conjunto, a las parroquias, grupos eclesiales y familias para que crezca un estilo de comunidad fraterna, hospitalaria, cercana.

LA OFICINA DE LA FAMILIA, rica de competencias y disponibilidad, está particularmente ocupada en este año dedicado a la familia, en el quinto aniversario de la carta del Papa "Amoris laetitia". Invito a sacerdotes, consagrados y laicos a referirse directamente o a través de la web a las propuestas de la Oficina, unidas por la bella imagen: "Llegar al corazón". Será la misma Oficina la que identificará y propondrá las mejores iniciativas con motivo del Encuentro Mundial de las Familias que se celebrará en Roma del 22 al 26 de junio de 2022 y que el Santo Padre desea que se viva especialmente a nivel local.

LA RED DE LOS CONSULTORIOS DIOCESANOS, bien probada, sólida y distribuida por todo el territorio, continúa e incrementa su servicio, particularmente en el campo de la formación, educación y cuidado de las relaciones conyugales y generacionales, con especial atención a los más vulnerables.

LAS COMUNIDADES ECLESIALES TERRITORIALES han privilegiado tanto las Tierras existenciales de la familia, como se han privilegiado otros ámbitos de la vida, caracterizan su actividad en torno a esta elección pastoral.

A NIVEL PARROQUIAL, junto con las múltiples propuestas de colaboración entre la comunidad y la familia, propongo renovar la conciencia y el apoyo a los muchos centros de la infancia que se refieren a nuestras parroquias, con la conciencia de que se trata de oportunidades preciosas para establecer relaciones significativas, especialmente entre las familias jóvenes y los abuelos.

A NIVEL FAMILIAR, se alimente la conciencia de la presencia y la acción del Señor en la vida cotidiana y en las relaciones que integran la familia, con especial atención a los ancianos y las personas que sufren su fragilidad.

No puede faltar el redescubrimiento de la oración sencilla y compartida, a veces partiendo del testimonio no ostentoso sino convencido de la oración individual.

Sugiero que a las familias no les falte una imagen religiosa en su hogar y sobre todo el texto del Evangelio o, mejor aún, de la Biblia.

Invito a las familias, con el apoyo de la comunidad cristiana, a promover formas de agregación que las representen y fortalezcan como sujetos de la vida social, económica, cultural y eclesial.

Conclusiones

He comenzado mi peregrinación pastoral y bendigo al Señor y a todas las Parroquias visitadas, junto con sus sacerdotes, agradezco por la riqueza de los encuentros. Se reanudará en octubre y estaré feliz de poder reunirme con las familias en las sencillas ocasiones que he planeado para este viaje.

La Iglesia italiana y universal están acogiendo la urgente invitación del Santo Padre a asumir un rostro cada vez más sinodal. La palabra "sínodo" significa caminar juntos. Estamos esperando las indicaciones que nos llegarán para asumir cada vez más esta fisonomía. Ciertamente, la vida de la familia se convierte en una escuela autorizada, de modo que la Iglesia se vuelve cada vez más una comunidad sinodal.

Me gustaría concluir con una cita que, aunque en sentido estricto no es poesía, pero lo es en su profundidad evocadora. Estas son las conmovedoras palabras que el gran poeta Eugenio Montale dirige a su esposa en el momento de su muerte.

Dicen el inagotable encanto de la relación amorosa de un hombre y de una mujer y la fecundidad generativa que posee esta relación y se convierte en familia.

"He bajado, dándote el brazo, al menos un millón de escaleras
y ahora que no estás ahí, hay un vacío en cada paso.

Aun así, nuestro largo viaje ha sido corto.

Lo mío aún dura, y ya no necesito coincidencias,
reservas, las trampas, las humillaciones
de los que creen que la realidad es lo que ves.

Bajé millones de escaleras dándote mi brazo
no porque con cuatro ojos quizás se pueda ver mejor.

Me bajé contigo porque sabía

de nosotros dos,

que las únicas verdaderas pupilas, aunque tan ofuscadas, eran las tuyas ».

+ Francisco, obispo

26 de agosto de 2021, solemnidad de San Alejandro

El icono

El icono elegido se conoce como la "Trinidad de Rublev".

Los tres "ángeles" están sentados alrededor de la mesa de la casa de Abraham y Sara, que al fondo se representa como un hogar acogedor, como una roca de valores, como un brote generador. Es en la acogida familiar de Dios en casa, que Abraham y Sara tienen como regalo la buena nueva, el evangelio del nacimiento de un hijo.

Con motivo de esta carta, me gustaría compartir un detalle muy particular. Siguiendo la línea al interior de las figuras alrededor de la mesa, se percibe la forma de un cáliz: es el horizonte de la comunión del amor de Dios, del que estamos hechos a imagen y semejanza. Esa copa nos invita a vivir la vida donde la vida ocurre, incluso y sobre todo cuando la Vida es la de Dios.

El cáliz de hecho no está ahí, sino que se compone abriendo un espacio, es decir, ofreciendo a cada uno su propio lugar para sentarse como hijos a la mesa de la casa de la familia de Dios. Esta es la perspectiva de la esperanza de nuestra fe y de nuestro amor, así es lo que profesamos en la celebración eucarística comunitaria, así es el estilo de nuestras familias como "iglesias domésticas".

El umbral de la casa es escuela y campo de entrenamiento para las relaciones, porque es el lugar de encuentro y de fidelidad que, como el pan de cada día, "hace sagrado cada gesto, hasta el más evidente, hasta el más pesado". Es la calidad de ese amor lo que hace cáliz nuestros lazos, lo que transforma en divino nuestro sentarnos a la mesa en la familia, llenando nuestra vida de Dios, justo donde la vida ocurre.